

Tipos de Aquí

IX

LOS ADMIRADORES

(Por José Sánchez-Arcilla)

EN Cuba es muy difícil vivir de la pluma o del arte. Los escritores y los artistas no tienen escapatoria posible

Si usted tiene la ocurrencia de editar un libro, en seguida le salen al paso los «admiradores» que le dicen:

—Ya sé que me tienes guardado mi ejemplar. ¿Cuándo me lo mandas?

—Supongo que no cometerás la incorrección de dejarme sin tu libro.

—Espero tu obra. Me han dicho que es muy interesante.

Y si se pone a regalar ejemplares, se agota la edición con una pérdida segura para usted, con la agravante de que, a los quince días, encontrará sus libros en las librerías de viejo con dedicatoria y todo, porque los venden o los cambian sin tomarse la molestia de arrancarles aquellas páginas donde usted dejó su autógrafo, con unas frases amables y sentidas.

A los pintores y escultores les pasa lo mismo. Hacen su exposición. Los críticos y amigos llenan el salón. Todo lo examinan y todo lo encuentran medianejo o francamente malo; pero, a la salida, no olvidan las frases de rigor:

—Aquella manchita me gusta. ¿Me la regalas?

—He puesto mi tarjeta en la figura grande, porque tengo la seguridad de que la hiciste para mí.

—Puedes mandarme el cuadro X cuando quieras. Lo haré colgar en el «hall»

Y así, sucesivamente.

Para estos «admiradores», el artista es un señor que trabaja por gusto y que se alimenta del aire. A ninguno se le ocurre pensar que el escritor escribe y que el pintor pinta para vivir como el resto de los mortales.

Eso sí, los admiradores no dejarán un momento de quemar incienso junto al artista eminente.

—¡Qué grande eres! Después de Leopoldo Románach, tú.

—Tu libro es una maravilla. Mereces otra cruz de Carlos Manuel de Céspedes.

Pero no pasan de ahí. Palabras, palabras, palabras... Pero ni un tabaco, ni un modesto palillo de dientes.

Y lo más triste del caso que son los ricos, precisamente, los que practican con más asiduidad el deporte de pedir. Los ricos, que debían ir a todas las exposiciones para adquirir las obras de los artistas modestos; los ricos, que están en el deber de comprar todos los libros que se editan en Cuba... Pero los ricos no hacen esto, como no hacen otras cosas que yo me sé. Se figuran que, por su dinero, están exentos de toda obligación, y que es un verdadero honor para artistas y escritores que ellos reciban sus producciones, a cambio de una carta o de una sonrisa benévola.

Empero, en Cuba hay una excepción: el doctor Tomás Felipe Camacho. En su casa — según me ha dicho Maribona — tiene un pequeño museo de cuadros cubanos, entre los cuales figura nada menos que el titulado «Los ciegos», de Manolo Vega, director actual de la Academia de San Alejandro y, sin disputa, uno de los más grandes pintores de nuestra patria. Pero para un Tomás Felipe Camacho, ¿cuántos Sarrás — pongo por gran tacaño — tenemos en estas tierras hijas del sol? Que lo digan los propios artistas

Los admiradores... A veces, es conveniente no tener admiradores. Por lo menos, nos economizamos el mal rato de tener que sonreír a quien sólo nos aplaude por lo que nos puede pedir

Existen, desde luego, otros admiradores sinceros que no sólo compran nuestros libros y nuestros cuadros cuando pueden, sino que se sienten muy honrados con ser amigos de escritores y artistas... Pero esta clase de patriotas es poco nutrida. Por eso merece el mayor respeto y la mayor gratitud



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA